

El reparador de sueños

Antes que uno de los ganadores del Concurso de Relato Breve organizado por nuestra Facultad, Federico Novak es un lector fanático de Osvaldo Soriano. En esta nota, nos habla de un autor al que se le negó su condición de mago y no se le ha perdonado el amor por la patria, de cómo una obra construida en lugares argentinos lo impulsó a la escritura, y de un tatuaje y un cuchillo con los que está dispuesto a defenderla aunque nadie se lo pida ni haga falta.

Cuando mi mujer me hizo saber que la Facultad de Periodismo de la Plata organizaba un concurso literario, en lo primero que pensé fue en Walsh, en un cuento que hice alguna vez, con la pretensión de homenajearlo. Pero la extensión de aquel relato superaba el máximo de caracteres establecido en las bases del concurso. Entonces recurrí a otro cuento, al único que tenía la extensión máxima requerida. Fue ahí, mirando las bases, que reparé por primera vez en el nombre del certamen “Osvaldo Soriano”. Lo primero que pensé fue, qué bien ese nombre para un concurso de cuento; y lo segundo, qué mierda tiene que ver este cuentito, este cuentito que le calza a las bases del concurso, con Soriano.

Lo mandé igual.

Y lo mandé con ilusión, pero sin esperanza; como quien mete una carta en una botella, la tapa, y la suelta al mar. Se ve que el mar hizo de las suyas, porque gané el concurso, y lo gané con un cuento que cualquiera podría decir, este es un cuento anti Soriano, o para ser más preciso y menos drástico, este es un cuento no Soriano: no política, no

humor, no entretenimiento, no sorpresa, en definitiva, no Osvaldo; podía pensarse que si había algo que no se había propuesto quien había escrito ese relato, era homenajear a Soriano, y mucho menos, su obra.

¿Por qué había ganado entonces, por alguna cuestión vinculada a la magia?, ¿por un amuleto? Ah, sí, el tatuaje podía haber contribuido, la cara de Soriano dibujada en mi brazo derecho era un buen elemento de atracción de suerte. Tenés razón, me dije.

Quizá hubiera ganado el concurso por mérito también, pero con un texto que seguramente no le hubiera gustado a Soriano, o tal vez sí, quién era yo para juzgarlo como crítico, ¿yo también lo iba a juzgar? Me quedé pensando en esto unos días, en el concurso, en la magia, en Soriano.

Pensaba que la magia era doblemente mágica cuando no develaba sus trucos. En un mundo en el que la magia quizá sólo sea la ilusión que compensa la angustia de no entender, de no saber cómo, por dónde, a través de qué mecanismos desaparecen las cosas o se convierten en otras, hay gente que ve en esto una trampa, una injusticia, y a ve-

ces un complot; hay gente que piensa que no se puede sostener nada con puras ilusiones.

Yo no tengo que defender a Soriano, y mucho menos podría hacerlo con un cuento como el que presenté al concurso que lleva su nombre, pero lo cierto es que ha sido un poco víctima de este tipo de sentencias y reflexiones, de críticas más cargadas de envidia que de otra cosa; lo más terrible es que nunca se le cuestionó la magia, se le negó, directamente, la condición de mago.

En algunos ámbitos se piensa también que no hay magia en la literatura, que sólo existen unos mecanismos sofisticados que la explican, sostienen y la hacen inaccesible, para que todo el tiempo no sea más que lo que debe ser: un puñado de viejas (no me refiero a mujeres de la tercera edad; vieja se puede ser de niño, sin que importe la identidad sexual, incluso) opinando sobre cuándo un texto es o no, literario.

Entonces, si para hacer literatura hace falta valerse de una serie de recursos retóricos que propicien un clima, una atmósfera adecuada para que una descripción de hechos o sentimientos negados, escritos sobre un



papel, gestados desde un particular punto de vista terminen transformándose en un cuento, una novela o un poema, hay que decir que Soriano nunca produjo literatura.

Pero afortunadamente hay varias maneras de pensar la literatura, y de alguna forma es normal, que a un tipo que ha hecho reír con desolaciones, que ha hecho un culto y ha inventado, sin ninguna clase de recurso técnico, una estética particular de la desolación, se le cargue el mote de escritorcito.

La escritura de Soriano es llana. Y no se admiten prosas llanas por lo general, porque la llanura de la prosa, casi siempre, está íntimamente ligada a la aparición de textos gastados, mil veces escritos, auto referenciales, lentos, malos. No ha sido éste el caso de Osvaldo, claro está.

Pero es probable que aquí esté el nudo de la cuestión, no se le ha perdonado a Soriano el talento, aquel que no necesita valerse de ninguna de las tantas herramientas a disposición. No necesito y por lo que ya dije, no tengo casi cómo defenderlo, pero pienso que enojarse con Soriano porque no ha teni-

do pretensiones vinculadas a embellecer su prosa, es igual que enojarse con el mago porque al finalizar el truco no devela cómo lo ha hecho. Soriano ha sido un escritor niño, un escritor que ha hecho magia sin saber que la estaba haciendo y sin saber que generaba antipatías haciéndola, un escritor preciso a la hora conmoviendo, de desinstalar, de producir hechos estéticos con los elementos más rudimentarios, fabricante de nostalgias en escenarios inhóspitos, inhóspitos para la nostalgia; construía sus textos en lugares en que los sueños truncados propician vidas y muertes dignas; en lugares argentinos, cosa que tampoco se le ha perdonado: el arraigo, el peronismo, el amor por la patria.

El escritor niño es el que trasciende, el que ha soñado una literatura nueva, hecha de aventuras imposibles, en las que el capital mayor es la paradoja. Soriano es una nueva narrativa, a partir de su obra los desahuciados también tienen derecho a vivir y a contar sus historias desde el llano, tienen desahucios, y el propósito de morir de pie.

Esa es la obra de Soriano, ¿o acaso hubo algún otro escritor que como él haya propues-

to sueños desde la desolación? con la idea de que soñar es oler un libro viejo con los ojos cerrados, un musgo en la memoria, un humor para sonreír entre añoranzas de lo que jamás sucederá, en un mundo que no vale nada, pero en el cual está clavada una patria por la que daríamos la vida aunque no haya necesidad de hacerlo.

No sé si la gente de *maíz* cuando me pidió algún escrito sobre Osvaldo Soriano, me convidaba a que lo defendiera, espero que no, desde muchos puntos de vista, el tema me excede. No sé por qué la obra de Soriano produjo en mi vida un quiebre, y empecé a escribir después de leerla y ya nunca dejé de hacerlo.

Lo que sí sé es que en mi adolescencia sólo esperaba dos cosas con ansiedad verdadera: el próximo disco de los Redondos y la próxima novela de Soriano. Tengo muy bellos recuerdos de esa espera, y para defender esos recuerdos tengo un tatuaje en el brazo derecho, y en la mano, un cuchillo de cocina, con el que estoy dispuesto a defender la obra de Soriano de cualquier vieja, aunque nadie me lo pida, aunque no haga falta.